

Bernat Metge y *Lo somni*: Luces y sombras entre los bastidores del Humanismo

JERÓNIMO DE MIGUEL

I. PARA EMPEZAR

1.

“Si la crítica literària hagués de prescindir dels *fets vitals de l’home* i del seu *ambient*, se’n convertiria en una mena de preceptiva o de teoria de les formes”¹.

Valga esta cita del doctor Jordi Rubió como botón de muestra de algo que, a mi entender, es esencial a la hora de estudiar una obra o un autor determinados. Y más, si cabe, cuando en nuestro caso nos encontramos con una figura tan difícil de encasillar —por suerte, aunque no le han faltado etiquetas— o de sujetar a unos parámetros estrictos. “Por suerte”, acabo de decir; porque Bernat Metge nos ofrece una personalidad, tanto humana como literaria, llena de contrastes, de matices, de “sorpresas” —muchas aún por descubrir—, pero, sobre todo, adobada con sabrosos guiños de complicidad no exentos de equilibrios difíciles, a veces en la cuerda floja, que no deja de sorprendernos, una y otra vez, a propios y extraños, seamos lectores de hoy día o público de las pos-trimerías del siglo XIV.

En nuestro caso, y antes de iniciar este breve recorrido a través de *Lo somni* y de su autor, debemos tener en consideración dos aspectos: por un lado, els “fets vitals” de un hombre, Metge, a quien tocó vivir en una época que parece hallarse a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento peninsular; una “tierra de nadie”, un final de siglo que, en ocasiones, no sabemos si cierra

¹ RUBIÓ I BALAGUER, *Humanisme i Renaixement*, Publicacions de l’Abadia de Monserrat, vol. VIII, Barcelona 1990, p. 27. (Las cursivas son mías).

un periodo o si abre otro. Unos años que abarcan los reinados de tres reyes: Pere III, el Ceremonioso, Joan I y Martí, el Humano; años llenos de conflictos sociales y políticos, en contraste —ahí está la grandeza del momento— con unos ambientes literarios y eruditos que nos ponen en la antesala de lo que más tarde será la eclosión del Humanismo catalán².

Por otro, el talante de un hombre activo, despierto, hábil con el verbo y con los hechos, instigador cuando le convino, que no perdió el ánimo ni la compostura —a pesar del tiempo pasado en prisión—, que supo medrar a la sombra de quienes le ofrecieron abrigo y protección —porque sin duda también esperaban sacar provecho de sus cualidades y de su oficio— y estar a la altura no sólo de las circunstancias políticas que le tocó vivir, sino de las exigencias de una creación literaria que sorprende tanto por sus tonos irónicos, jocosos en ocasiones, cuanto por los destellos de seria reflexión o de honda preocupación hacia asuntos y problemas que ocupaban el quehacer cotidiano de las gentes de su época.

Pero lo que más llama la atención de Bernat Metge es su capacidad para saber estar por encima de las circunstancias, para “desmarcarse” abiertamente de la manera de pensar y actuar de otros autores contemporáneos —estoy pensando, sin ir más lejos, en Francesc Eiximenis o San Vicente Ferrer, por ejemplo—. Porque darse un garbeo por sus obras significa encontrarse con una manera de pensar que se adelanta en bastantes años a la mentalidad de su tiempo, con un hombre al que no se le ha querido reconocer, a veces, su veta humanista, por una razón tan huera — y la vez tan palmaria— como la de sostener que, a finales del XIV no podemos hablar de Humanismo, propiamente dicho, en tierras catalanas. Cierto es que los últimos decenios de ese siglo nos ofrecen unos ambientes literarios que nos acercan a un prehumanismo o a un prerrenacimiento; pero no lo es menos que en ese momento de transformación y renovación tanto literarias cuanto de formas de vida y de conductas, Bernat Metge sobresale —y de qué manera— por encima de cualquiera de los escritores del momento. Desde el *Llibre de Fortuna e Prudència*, pasando por el *Sermó*, *Lo somni* o l'*Apologia*, Metge nos está diciendo —de manera muy sutil y en ocasiones críptica— que las cosas están cambiando, que él ha intuido que han empezado a correr nuevos tiempos, que soplan aires renovados y que las viejas fórmulas de la escolástica no son sino los últimos vestigios de una Edad Media obsoleta y trasnochada.

Tal vez, por todo ello, sean la parodia y la ironía las mejores armas que posee para esgrimir ante sus lectores —sin duda más hábiles y mejor preparados que nosotros para “descifrar” sus mensajes— los argumentos que le interesan. Conviene, pues, que no seamos tan “transcendentes” y sí más espontáneos, que

² Me refiero, concretamente, a las cortes de la Corona catalano-aragonesa, pues sabido es que tendrán que pasar casi cincuenta años para que en Castilla vaya abonándose el terreno que permitirá, posteriormente, que fructifique, ya con Nebrija, el Humanismo español. No olvidemos, por supuesto, que si el Humanismo italiano se extendió luego por toda —o casi toda— la Península, ello se debió a las puertas que se habían ido abriendo paulatinamente a través de Cataluña, Aragón y Valencia.

nos movamos con más naturalidad y, al mismo tiempo, con mayor complicidad por los caminos llenos de sugerencias y dobles sentidos que, con su hábil pluma, Metge va trazando, si no queremos cerrar las puertas al hallazgo de nuevas lecturas, nuevas propuestas de interpretación para descubrir y sorprendernos de que, en ocasiones, lo que parece tan evidente no lo es. Todo ello si es que, al fin y al cabo, queremos entender que el autor de *Lo somni* fue de una individualidad muy *sui generis*, que supo arroparse con las mejores ideas literarias y filosóficas que lo habían precedido, que fue hábil para nadar a contracorriente, que creó un estilo muy personal y que, por mucho que su nave visitó los puertos de tantos autores conocidos, clásicos, Padres de la Iglesia, etc..., al final, con un hábil golpe de timón y, como acertadamente ilustra la doctora Butiñá, “s’allunyà de la terra ferma, de Dante, de Boeci...”³.

2.

Situar el último tercio del siglo XIV en Cataluña dentro de las coordenadas que delimitan lo que conocemos como “humanismo catalán” o —si nos atrevemos a ir un poco más lejos— como Humanismo, no es cometido del presente artículo. No sería tampoco tarea fácil cuando sabemos que no podemos encerrar el Humanismo dentro de unas fechas, al igual que tampoco podemos precisar cuándo acaba la Edad Media literaria. Sabemos, eso sí, que en Italia empezaron a cambiar las cosas de la mano de Petrarca y de cancilleres florentinos como Coluccio Salutati o Bruni, pero tampoco ignoramos que en el resto de países no se dio esa transformación de la misma manera, y que lo que fue llegando al resto de Europa eran destellos, más o menos rutilantes, de esos cambios. Lo que sí fue produciéndose, paulatinamente, fue una especie de contagio sano, un trasvase de esas ideas que para los espíritus abiertos y curiosos significaban nuevas vías a través de las cuales ganar en comprensión respecto al mundo que habitaban, para profundizar en el saber y, sobre todo, para permitir un mayor y mejor conocimiento del hombre como tal. Conocerse mejor a sí mismos y conocer mejor el funcionamiento de las cosas y el sentido de doctrinas y conceptos, era un afán del que participaban unánimemente cuantos entendieron —antes o después, fuera en Constantinopla, fuera en Cataluña— que ese empeño, a veces ardua labor de genios solitarios, valía la pena. “No entendemos, pues —explica el padre Batllori—, los términos Humanismo y Renacimiento como referidos a un período cronológicamente fijo, sino como una actitud común de pensadores que, desde fines del siglo XIV hasta finales del XVI, en todos los campos de la especulación intelectual asumen posiciones acordes con la mutación del hombre en el paso del Medievo al mundo moderno”⁴.

³ JULIA BUTIÑÁ, “Un nou nom per al vell del *Llibre de Fortuna e Prudència*”, *BRABLB*, XLII (1989-90), pág. 226.

⁴ M. BATLLORI, *Humanismo y Renacimiento*, Ariel, Barcelona, 1987, pág. 3.

Por lo que respecta a Cataluña, y durante la segunda mitad del siglo XIV, no podemos trazar unas líneas claras que delimiten un Humanismo catalán, sencillamente porque aún era muy prematuro para que cuajara como debía dicho movimiento y porque, a nadie se le escapa, las condiciones socio-culturales del momento estaban muy lejos de ser todavía las idóneas. Lo que no podemos negar, en cambio, es que en tierras catalano-aragonesas venía preparándose ya durante todo el siglo el terreno para que germinaran y fueran tomando paulatinamente asiento algunos de los postulados y no pocos principios del Humanismo⁵. Que habrá que llamar a este período, que podríamos ir enmarcando en el reinado de Pere III, Joan I y Martí I, prehumanismo, me parece acertado, aun cuando no se me esconde que no todo el monte fue orégano, ni mucho menos, y que tal vez la mayoría de hombres que contribuyó directa o indirectamente a la difusión, por muy ligera que fuera, de este “Humanismo” no tuvo una conciencia clara y precisa de la labor que estaba llevando a término. He señalado anteriormente cómo Bernat Metge parece ser la única figura humana y literaria que sobresale con creces del resto de “hombres de acción”

⁵ La Dra. Badia, en algunos de los artículos que incluye en su *De Bernat Metge a Joan Roís de Corella* (Quaderns Crema, Barcelona 1988), llama la atención sobre la necesidad de “redimensionar” el concepto de “humanismo catalán” de finales del XIV y luego del XV, e insiste en la conveniencia de estudiar los hechos lejos de la perspectiva apologética y nacionalista del *Noucentisme*. Veo adecuado ese intento de objetividad con el fin de ajustar al máximo la lente desde la que valoremos este período, para que no se produzcan distorsiones y desenfoques que nos alejen de la “verdad” de aquellos hechos y de quienes fueron sus forjadores. “És aquesta necessitat de mirar tot el que fa referència a l’humanisme *des de fora allò* que voldria fer meu” (pág. 13). Bien me parece ello, aunque veo también cuán necesario es acercarse con tiento esa lente a las realidades concretas con ánimo de situar las cosas en su contexto específico y aproximarnos a las mismas con rigor, pero con no menos comprensión, para entender las vicisitudes por las que atravesaban aquellos autores y hombres de letras, aunque fueran *dilettanti*, y participar de las inquietudes humanas, cuando no eruditas, que ponían de manifiesto fuera en sus cartas, en sus libros y tratados, fuera en sus discursos. Por tanto, no deberíamos olvidar dirigir nuestro enfoque precisamente hacia el conocimiento de las causas, de las razones íntimas y personales —y no puedo evitar pensar concretamente en Metge— que les movieron a actuar en los términos en que lo hicieron; bregarnos, por tanto, en el sano ejercicio de “mirar *tot des de dintre*”, para ganar, sobre todo, en la percepción del detalle exquisito y entrar en ese juego de espejos donde reverberan tantas sutilezas, tantos sobreentendidos, verdaderas claves para desentrañar un nada escaso número de misterios velados.

Prosigue la Dra. Badia, a lo largo de su estudio, señalando algunas de las razones por las que no podemos incluir el llamado ‘humanismo catalán’ en el humanismo propiamente dicho. Cierzo es que “un humanisme català fet de traductors, de *dilettanti*... i d’un sol escriptor excepcional. Un ‘humanisme català’, en fi, la virtut del qual és la d’haver existit abans que a Castella existís res de semblant... és, com a mínim, una paradoxa” (pág. 42). Sin embargo, quiero insistir en el hecho de que es menester volver la vista a los ambientes y cenáculos literarios en que nos movemos, valorar el esfuerzo común de esos *dilettanti*, en muchos casos anónimos, apreciar su fervor por el estudio, o su curiosidad por viajar y conocer lo que estaba acaeciendo allende sus fronteras o, llegado el caso, detenernos ante la profusión de epístolas en latín que hacían de puente entre diversas culturas. Sano ejercicio, ciertamente, este último, que abría las puertas al comercio del saber y a la voluntad de imitar modelos literarios y humanistas consagrados, a pesar de que la Dra. Badia apunte que “la redacció d’epístoles retòriques llatines és un exercici que cal tenir en compte en l’estudi de l’evolució de la prosa d’art a la Corona d’Aragó tardomedieval, però que no se situa en el filó dels *studia humanitatis*...” (pág. 33). Si esto es así, y no lo pongo en tela de juicio, me pregunto, no obstante, dónde situar el ingente caudal retórico que cruzó Petrarca con amigos y conocidos en sus *Familiarium rerum libri*.

Por otro lado, no olvidemos que tanto en la *cancillería de Pere III* como en la de *Joan I* se había fijado como modelo de redacción el estilo ciceroniano, mucho más pulcro, claro y expresivo que el envarado y farragoso latín de unos decenios antes, marcado por el sello de la Escolástica.

de su época, pero no sería justo olvidarnos de quienes, desde el lugar que les tocó ocupar en la sociedad, aportaron su granito de arena, individual o colectivamente, para que las nuevas formas de pensamiento circularan y se asentaran con mayor o menor grado de solidez. Me estoy refiriendo a los monarcas y a los hombres de la corte, secretarios y curiales, a quienes —y especialmente a estos últimos— habría que reconocerles mayor mérito en la irrupción del Humanismo, ya en el siglo XV, pues si no fueron los artífices verdaderos, sí, en cambio, abrieron camino, allanaron el terreno, y crearon, con su quehacer y tesón, unas maneras, un “estilo” de humanistas, aunque en el fondo —*et strictu sensu*— no lo fueran⁶.

II. PERE III, JOAN I Y MARTÍ I: TRES MONARCAS AL TRASLUZ DEL HUMANISMO

Que los ecos, no obstante, del interés por la cultura y la literatura venían oyéndose en tierras catalanas desde principios del Cuatrocientos es un hecho fuera de dudas. Así, cuando Roger de Flor llega a Grecia al frente de los almogávares, en 1303, abre una vía de trasvase del saber que se mantendrá viva a lo largo de toda esta centuria. No en vano se crearon los ducados de Atenas y Neopatria bajo la soberanía de los monarcas de Sicilia y Mallorca y luego, desde 1380, bajo Pere III, aunque ya cuando el dominio catalán en tierras griegas tocaba prácticamente a su fin⁷. Autores clásicos como Virgilio, Horacio, Cicerón o Séneca fueron conocidos y en muchos casos comentados por los hombres de letras catalanes tanto de finales del Trecentos cuanto, y en mayor medida, por los del Cuatrocientos. Por otro lado, parece fuera de toda duda la influencia que Cicerón ejerció en “los escritores de la Real Cancillería desde tiempos de Juan I, bien redactasen los documentos en latín, bien empleasen el catalán o el aragonés”⁸.

Debemos recordar, asimismo, que Petrarca fue conocido mucho antes en Cataluña que en la Península; y ello lo sabemos por dos testimonios significativos y tempranos: la copia del *De vita solitaria* llevada a cabo por Guillem

⁶ F. RICO ha explicado con precisión el papel decisivo que desempeñó el *establishment*: “sin él, el humanismo se habría quedado [...] en otra escuela de pensamiento, en una tendencia intelectual más, sin una auténtica presencia pública. No se crea, sin embargo, que la revolución se produjo porque desde arriba se impusiera a golpe de decreto. Ni una disciplina ni menos una cultura arraigan de verdad ni por constricción ni en tanto puro sabor autónomo, sino porque son consideradas interesantes y valiosas como maneras de vida, fases de una conducta, elementos de una sociedad” (las cursivas son mías). Vid. *El sueño del Humanismo*, Alianza Universidad, Madrid, 1993, pág. 81.

⁷ Vid., LUIS GIL FERNÁNDEZ, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Alhambra, Madrid, 1981, pp. 190-191.

⁸ Vid. M. BATLLORI, *Humanismo y Renacimiento*, op. cit., pág. 6.

Coll de Canes, estudiante de derecho canónico, en 1377, y la carta, perdida hoy en día, de Lluís Carbonell, en 1386, interesándose por Petrarca, y de cuya respuesta llevada a cabo por Pere Pont se desprende que fue laureado y que escribió, entre otras obras diversas, las *Rerum Senilium* y el *De vita solitaria*⁹. Traigamos también, a colación, el *Valter e Griselda* (1386-87) de Bernat Metge, traducción y adaptación de la conocida epístola del insigne humanista italiano.

Tampoco debemos echar en olvido la figura del Maestre de Rodas, Joan Fernández de Heredia, hombre inquieto y atraído por la curiosidad, gobernador de Aviñón (1356-76), que se rodeó de un nutrido grupo de literatos que llevaron a cabo traducciones de textos latinos al francés y al aragonés. Su estancia en la corte francesa de los Papas le puso en contacto con los ambientes más importantes del saber europeo y es casi seguro que conociera aquí a Petrarca, cuando éste estuvo en dicha ciudad consolidando su tarea como filólogo. Más tarde, su estancia en Rodas (1379-1382) le dio ocasión de empaparse de historiografía griega medieval. Vuelto a Aviñón, continuó su labor como traductor, que fue especialmente intensa entre los años de 1384 y 1388, de manera que sus trabajos fueron pronto conocidos no sólo en toda la Península, sino también en Italia. Prueba de sus relaciones con humanistas italianos fue la epístola que le dirigió Coluccio Salutati, hacia 1390, en que le solicitaba el envío de su versión de Plutarco¹⁰.

Pero lo que me interesa destacar explícitamente es el aire de acogida a la cultura y a las letras con el que supieron rodear sus cortes los tres monarcas que, como el título del presente apartado reza, aparecen como figuras vivas y recortadas al trasluz del incipiente Humanismo que empieza a vislumbrarse en este período.

Imbuido por el afán de conocimiento, por el amor a los libros, por el gusto de la poesía, y erudito de la Biblia, se nos muestra Pere III, “el Cerimoniós”, protector, además, no sólo de destacados escritores, como Francesc Eiximenis, sino de obras de arte y también constructor. Fue un rey que supo crear las condiciones necesarias para que en la cancillería real fuera suscitándose, cada vez más, una notable afición hacia la literatura y la historia, pero sobre todo hacia la poesía. Aquí empezó a fraguarse una verdadera cuadrilla de traductores, encargados de trasladar al romance las historias y las “moralidades” de los autores clásicos, especialmente. Promotor de la cultura, fundó l’Estudi

⁹ Vid. A. GÓMEZ MORENO, *España y la Italia de los humanistas*, Gredos, B.R.H. II, “Estudios y ensayos”, 382, Madrid, 1994, pág. 33.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 194-95 y 69-70. El profesor Batllori explica claramente este panorama y la importancia de toda la labor hecha hasta el momento al abrigo de la nueva cultura que venía de Italia, al sostener que “ni los primeros contactos de Fernández de Heredia y del rey Juan I con el mundo bizantino, continuados después, en tiempos de Martín el Humano, con las dos embajadas de Crisoloras a Barcelona en 1407 y 1410, e intensificados aún más en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo [...], ni las traducciones de autores grecolatinos, bastarían para explicar la cultura humanística y prerrenacentista de la Corona de Aragón sin la influencia de los trecentistas y de los humanistas italianos. (*Humanismo y Renacimiento, op. cit.*, pág. 6).

General de Perpinyà, ciudad en la que pronunció ante las Cortes celebradas en la misma, en 1406, su famosa *proposició*, cargada de citas de autores clásicos, desde Homero a Virgilio, pasando por Cicerón, Ovidio o Valerio Máximo¹¹. Podría parecer una simple enumeración de figuras ilustres, atestada de erudición, pero lo que más llama la atención es que el monarca buscaba el sentido a estos hombres y a estos nombres, “perquè hi trobava guia a seguir, arguments per a enrobustir el prestigi de la dignitat reial davant els súbdits, i justificació, a vegades, dels seus actes de governant”¹². Y, puestos a buscar algo más que briznas de preocupación artística y sensibilidad, hay que mencionar el gesto del monarca al atender la petición del obispo de Mégara, fray Juan Boyl, para que asignara al llamado “Castell de Cetines” —que no era otra cosa sino la Acrópolis de Atenas— una pequeña guarnición de soldados con el fin de vigilar el monumento y que no sufriera daño material alguno¹³.

Joan I, por su parte, no le fue a la zaga a su padre ni en la la pasión por los libros, sobre todo raros, y Biblias en diversas lenguas, ni en su afición por la historia —que heredó de su progenitor—, ni en su inclinación natural y trabajada hacia las actividades literarias¹⁴. Conocía el latín, pero sabemos que también hizo sus pinitos con el griego, tantos que el 17 de enero de 1390, siendo aún infante, escribió a García Fernández de Heredia —sobrino del conocido Maestre de Rodas—, que a la sazón poseía el cargo de arzobispo de Zaragoza, comunicándole que “después que vos sodes partido de nos havemos deprendido de letra greguescha, e assin quando nos hayamos descrivir si querredes scrivir nos en aquella que bien la entendremos”¹⁵. Esta sabrosa

¹¹ A ella hace mención JORDI RUBIÓ I BALAGUER, *De l'Edat Mitjana al Renaixement*, Teide, Barcelona, 1979, pág. 105, y Francisco Rico traza con primor un breve bosquejo del alcance de la misma: “La ‘proposició’ de 1406 se me antoja una excelente imagen de la coyuntura que se ha llamado ‘humanismo catalán’. Por una parte, una moda aristocrática, provocada por el vasto cambio del panorama bibliográfico que determinaron las aportaciones de Petrarca y sus fieles [...]. Por otra, unos letrados —eclesiásticos o curiales— formados en tradiciones propias, que esporádicamente alcanzan noticia de que Petrarca se ha ganado una “reputatio” merced al manejo de unas “auctoritates” que ellos creen tener también en su arsenal: aunque en realidad las tengan sólo mínimamente y reducidas a sententiae, como las sententiae que a su vez pueden buscar en Petrarca” (“Petrarca y el ‘humanismo catalán’”, *Actes del sisè col·loqui internacional de llengua i literatura catalanes*, Publicacions de l'Abadia de Monserrat, 1983, pág. 290.)

Al hilo de lo que comenta el doctor Rico, añadiría yo algo: la intención. Cuentan estos eclesiásticos y curiales con pocos medios, cierto es, y no poseen una sólida tradición erudita ni filosófica. Pero no es menos cierto que en no pocos de ellos se despierta una viva curiosidad; rastrean, olfatean y siguen la pista de cualquier vestigio clásico o petrarquista que les conduzca a la posesión de la lectura que persiguen o de la noticia que anhelan. Aunque, ciertamente, su arsenal es muy reducido, no obstante copian, imitan, traducen, discuten, comentan, etc., al socaire de lo que ven, oyen o leen y esto los ennoblece, y creo que muy dignamente.

¹² JORDI RUBIÓ I BALAGUER, *Humanisme i Reinaxement*, op. cit., pág. 31.

¹³ Cfr. LUIS GIL FERNÁNDEZ, *Panorama social del humanismo...*, op. cit., pág. 193. La referencia de la noticia la toma él, y lo menciona, de ANTONI RUBIÓ I LLUCH, *Los catalanes en Grecia*, Madrid, 1927, pp. 133-134.

¹⁴ “El seu fill —señala JORDI RUBIÓ— tenia una personalitat més educada literàriament. Havia après el llatí [...]. Sabia que Plutarc i Titus Livi havien estat ‘maximi istoriographi’”. (*Humanisme i Renaixement*, op. cit., pág. 31).

¹⁵ Cfr. LUIS GIL FERNÁNDEZ, op. cit., pág. 195-196, n. 20.

anécdota nos lleva a otra no menos singular cuando, hallándose el infante en Valencia, en 1374, nuestro joven aprendiz de poeta se interesaba por saber qué opinión habían merecido los versos que había compuesto —con ocasión de la formación de una pequeña academia poética en el palacio real—, al rey, a la reina, “i a les persones notables que siguin entorn d’ells quan els llegiran”¹⁶. Dado, pues, a la poesía y atraído por la curiosidad de saber, en 1393 Joan I encarga a Jaume March y a Lluís d’Averçó que instauren en Barcelona la escuela de la *Gaia Ciència* y, dos años más tarde, en 1395, sabemos que se celebraron por primera vez los *Juegos Florales* de Barcelona. Pero, aparte de estas inclinaciones, algunas naturales, otras seguramente aprendidas, sabemos que las verdaderas pasiones de nuestro “amador de gentilesa” eran la caza y la música, ocupaciones que, en más de una ocasión, le distrajeran de sus obligaciones como gobernante. Metge, por otro lado, nos ha dejado en *Lo somni* un bellísimo retrato del monarca, cuando se le aparece en sueños y le refiere que las causas por las que se halla en el purgatorio consisten en su desmedida afición a tales actividades. Parece ser, sin embargo, que toda esta serie de cualidades, esta propensión hacia las ocupaciones intelectuales no bastaron para darle una consistencia como rey humanista. Sus buenas razones tiene Martí de Riquer cuando arguye que “bien sabían Alemany de Cervelló, Bernat Metge y los demás componentes del grupo que de Juan I era imposible hacer un príncipe renacentista”¹⁷. Será conveniente acudir de nuevo a la opinión del doctor Rico para que arroje un poco de luz en este minúsculo empeño por descubrir en Joan I algunos, aunque pálidos, destellos de humanismo: “lo que de veras se identifica en Juan I es una pasión por la historia, que no podrá sino orientarse hacia las novedades bibliográficas que el desarrollo del humanismo iba introduciendo *un peu partout*. El Rey sin duda era consciente de que esas lecturas llevaban un inédito certificado de calidad y singularidad”¹⁸.

Sin perder un ápice de rigor en esa propensión que parecen mostrar los tres monarcas hacia el saber en general, Martí I, “l’Humà”, sin embargo, no destacó tanto como su hermano. Más dado al recogimiento, a la sobriedad, y menos a las frivolidades, el rey Martí I, empero, no descuidó su dedicación al estudio tanto de libros de piedad como históricos o de literatura clásica. Se preocupó de que *els Jocs Florals* se celebraran cumplidamente cada año, el día de la Pascua Granada, y acogió bajo su protección a algunos de los hombres de letras que más sobresalían, como es el caso de Sant Vicent Ferrer, Eiximenis, o el propio Metge, al que, como ya sabemos, “rehabilitó” de la delicada situación en la que se encontraba y lo acogió nuevamente en la Cancillería. Lo importante en nuestro caso es destacar que el monarca continuó la línea que anteriormente había trazado tanto su padre como su hermano, y que lo hizo desde la conciencia plena de que esa continuidad era necesaria para la buena gobernabilidad de su reino y para el desarrollo de la cultura.

¹⁶ Vid. JORDI RUBIÓ I BALAGUER, *De l’Edat mitjana...*, op. cit., pág. 25.

¹⁷ Vid. MARTÍ DE RIQUER, *Obras de Bernat Metge*, Universidad de Barcelona, 1959, pág. 181.

¹⁸ FRANCISCO RICO, *Petrarca y el ‘humanismo catalán’...*, op. cit., pág. 263.

Si, en verdad, no podemos hablar de reyes auténticamente humanistas, no debemos, en cambio, negarles el sello de ser precursores de esos nuevos aires que empezaban ya a entrar en la Península por Cataluña y Aragón. Fueron impulsores y, a su manera y con su ejemplo, ayudaron o animaron a otros a que desarrollaran su creatividad intelectual. Llama, además, la atención descubrir —con satisfacción, por supuesto— que su intervención en la redacción de cartas y documentos era mayor de la que nos imaginamos; y hallamos también con agradable sorpresa que muchas de las expresiones cargadas de fuerza y vivacidad que encontramos en las cartas atribuidas habitualmente a los secretarios, no eran sino las que habían escuchado éstos cuando despachaban con los reyes¹⁹.

Henos aquí, pues, ante estas tres figuras, tres monarcas amantes del saber, lectores apasionados de libros religiosos, de historiografía o de autores clásicos, protectores del arte, de la música y de brillantes figuras literarias, impulsores de actividades poéticas, con conocimiento del latín y del griego, como en el caso de Joan I, o con un talante comprensivo y humano, digno de encomio, como en el de Martí, el Humano. Baste todo ello, al menos, para reconocerles ese empeño y para que no nos pase desapercibida su importante labor.

III. DE SECRETARIOS Y CURIALES

Muy poco se ha ponderado todavía, me parece, la labor que desempeñaron notarios, secretarios y gentes del ramo como difusores y, en no pocas ocasiones, impulsores del futuro Humanismo. En nuestro caso, tenemos que darles la relevancia que merecen por cuanto, con su actividad, propiciaron que las nuevas corrientes del saber hallaran, en cierta manera, acomodo en los ambientes y los círculos sociales de las cortes de finales del siglo XIV, por lo que respecta a la corona catalano-aragonesa.

Llama la atención, y no es de extrañar, la gran preparación intelectual y la rigurosa formación que poseían estos hombres, en especial protonotarios, notarios y secretarios. Su dominio del latín era amplio, no sólo porque tenían que desenvolverse con comodidad ante cualquier tipo de texto que tuvieran que redactar en esta lengua, sino también porque frecuentemente eran enviados por los reyes a otras cancillerías y tenían que demostrar su valía manejando el latín sin titubeos y acompañándolo, llegada la ocasión, de citas de autores clásicos. Por tanto, en ningún caso podemos pensar en aprendices, sino en verdaderos

¹⁹ Esta última idea la refuerza, una vez más, con tino, F. Rico, *ibid.*, pág. 287.

profesionales; por otro lado, los asuntos de estado no podían dejarse en manos de aficionados o personas que no estuvieran capacitadas suficientemente para desempeñar el oficio, y esto lo sabían muy bien monarcas y gobernantes²⁰. Como botón de muestra, baste señalar que las *Ordinacions de la cort*, de Pere III, exigían que el protonotario revisase el latín y el estilo que salía de la cancillería²¹.

Lo que queda fuera de dudas es que se daba gran importancia al dominio del latín. “El cuidado estilístico y el primor retórico se centran, en principio, en la redacción de las cartas latinas [...], pero los recursos aprendidos y asimilados al escribir en latín reaparecen, como es natural, en la pluma de los mismos funcionarios de la Cancillería cuando redactan en catalán. Hacia el año 1380 [...], en los documentos de la Cancillería se advierte un nuevo estilo, que se mantendrá en gran parte del siglo XV”²². Hemos de recordar también que la Cancillería catalana fue políglota y que sus funcionarios tenían que saber escribir a la perfección tanto en latín como en catalán. Y, como bien indica el doctor Jordi Rubió, “eren uns professionals de l’art d’escriure, i tot professionalisme pressuposa una escola i uns mètodes d’ensenyament”²³.

Parece también claro que el hecho de que estos hombres viajaran frecuentemente, especialmente a Italia, hizo que se sintieran atraídos por los métodos de trabajo de los cancilleres italianos, y que luego, sin rubor alguno, los imitaran al volver a su punto de origen. De este modo fue creándose un ambiente, unas maneras que acercaban paulatinamente Cataluña a la Italia de Petrarca. No debe extrañarnos, por tanto, que muchos de los postulados de los notarios y secretarios italianos sirvan también para los nuestros. De ahí que lo que dice Eugenio Garin, a propósito de estos trabajadores de las cancillerías italianas, tenga perfecta validez para aplicarlo a nuestro caso, al menos *grosso modo*: “El humanismo no fue en sus orígenes un fenómeno literario, sino más bien notarial y cancelleresco, ligado a la vida política de la ciudad, a la redacción de cartas y otros documentos oficiales, de discursos y disputas públicas...”²⁴. Nadie

²⁰ Caso sorprendente, pero muy ilustrativo, es el de Metge y el resto de la camarilla que rodeó a Joan I, quienes, a pesar de haber sido juzgados y algunos encarcelados, llegaron luego a ocupar prácticamente la totalidad de los mismos cargos en la cancillería de Martí I. Todo lo cual pone en evidencia que —como señala el doctor Riquer— “aunque se les acusara de desaprensivos, inmorales, ladrones e incluso traidores, constituían una minoría superior y distinguida, capaz de desempeñar cargos difíciles para regir el país”. Y, casi a renglón seguido, continúa: “Inmorales y desaprensivos, pero inteligentes y cultos, parecen ser estos hombres que resisten impávidamente el odio de las instituciones de la tierra y se hacen dueños de la voluntad de los dos monarcas”. (*Obras de Bernat Metge*, *op.cit.*, pág. 177).

²¹ Vid. JORDI RUBÍO, *De l’Edat mitjana al Renaixement*, *op. cit.*, pág. 107.

²² Vid. MARTÍ DE RIQUER, *Obras de Bernat Metge*, *op. cit.*, pág. 60. Es casi forzoso volver de nuevo al autor de *Lo somni* para ilustrar cómo ese dominio maravilloso que demuestra de la lengua le sirvió de “habilísima defensa —arguye Riquer— de las acusaciones que sobre él habían caído y trampolín para alcanzar de nuevo su elevada posición en la curia regia”. (*Ibid.*, pág. 64).

²³ Vid. *Humanisme i Renaixement*, *op. cit.*, pág. 305.

²⁴ Vid. EUGENIO GARIN, *La revolución cultural del Renacimiento*, Crítica, Barcelona, 1981, pág. 258. P. O. Kristeller roba, sin embargo, parte de este entusiasmo a Garin cuando no aprecia diferencias sustanciales entre la preocupación que existía en la Edad Media por el uso correcto del latín y la que

puede regatearles, por consiguiente, un ápice de entusiasmo y de interés, aunque fuera para copiar modelos y mejorar los cánones medievales de los que partían. Existía también entre estos hombres un acendrado prurito de renovación, de mejora de los mecanismos y utensilios con los que llevaban a término su labor. Y, cuando pudieron, no perdieron ocasión de mirarse en el espejo de quienes —me refiero a los hombres de oficio italianos— les llevaban la delantera y podían enseñarles muchas cosas. “Los curiales italianos, desde modestos escribanos a muy altos funcionarios, en busca de una cultura distinta y oteando horizontes mayores que los del silogismo y la *quaestio*, habían desempeñado un papel vital en el desarrollo de los *studia humanitatis*; y en la Península Ibérica no les faltaron algunos colegas que aprendieron una parte de tal lección: en gran medida, por ganas de estar *à la page* y asimilar las novedades del oficio”²⁵. En cualquier caso, y valorando el oficio personal de estos curiales y secretarios reales, bien vale la pena volver de nuevo los ojos a Italia para ver que la deuda que contrajo el Humanismo con ellos no fue poca ni pequeña, aunque aquí, en Cataluña, tengamos que seguir soñando con lo que pudo ser y no llegó a conseguirse... por muy poco. “Allí [en Padua], ha mostrado Giuseppe Bilanovich, ‘un puñado de notarios dio comienzo al nuevo estilo de literatura, y aun de civilización, que acabó por conquistar Occidente y que nosotros, posteridad remota, llamamos Humanismo’”²⁶.

IV. ORIGINALIDAD E IMITACIÓN

Adentrarse en el estudio de la obra general de Bernat Metge —y más en concreto en *Lo somni*— y no escuchar voces que se alzan sobre su escasa originalidad, sobre su copia o traducción o sobre su dependencia exclusiva de las fuentes que utiliza, parece enteramente imposible. Sería interesante cotejar

se da en el Humanismo. Para él, la elocuencia de los humanistas fue una continuación de la *ars arengandi* medieval y considera que todos los tipos de oratoria humanista tienen sus antecedentes en la literatura medieval. “Difícilmente —apostilla— habrán inventado los humanistas algunos de esos tipos de discursos; simplemente se limitaron a aplicar sus normas de estilo y elegancia a una forma de expresión literaria ya existente, satisfaciendo con ella una necesidad, tanto práctica como artística, de la sociedad de su tiempo”. (*El pensamiento renacentista y sus fuentes*, F.C.E., México, 1982, pág. 131).

²⁵ Vid. FRANCISCO RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, Universidad de Salamanca, 1978, pág. 35. El propio Rico, no obstante, lleva esta observación hacia una reflexión tal vez más ajustada a la realidad en que nos movemos. cuando, unas páginas más adelante, precisa: “De Bernat Metge a Juan de Mena, Alonso de Palencia o Pere Miquel Carbonell, los curiales pueden librar escaramuzas sueltas contra los españoles ‘qui insulsa barbaraque oratione loquuntur’, pero no pueden asestar el golpe a la barbarie. Ni pueden ni saben. Juristas mayormente, se han criado a pechos de los rudos autores encomiados por Juan Alfonso de Benavente; y, cuando olfatean los nuevos caminos que arrancan de Italia, llevan ya irremediables vicios de formación”. (*Ibid.*, pág. 38).

²⁶ FRANCISCO RICO, *El sueño del humanismo*, Alianza Universitaria, Madrid, 1993, pág. 29.

esos originales de los que Metge “se apropia” o “traduce” para ver no en qué momento está traduciendo o siguiendo más o menos al pie de la letra el modelo que tiene ante sus ojos, sino para entender cómo lo está adaptando y con qué sentido lo está haciendo. Este apartado, que se ocupa de estos dos aspectos —originalidad e imitación— no puede ni pretende recoger, en esta ocasión, semejante empresa, ya que a ello habría que dedicar por entero un estudio poco menos que monográfico. Me interesa más, en esta ocasión, llevar a cabo una aproximación al sentido que ambos términos podían tener en la época que analizamos y dejar claro que el concepto de originalidad no está en función de lo que deje o no de significar para nosotros hoy en día, sino que merece y debe ser visto a la luz del momento y las circunstancias en que se está produciendo.

No puedo imaginarme a Bernat Metge, con el grado de formación que poseía, con la traza y destreza con que maneja la lengua, con el estilo tan personal, único, que lo distingue —y lo eleva— del resto de autores de su época, con esa manera “tan suya” de vivir y actuar, traduciendo servilmente un trozo del *Corbaccio* o un fragmento de las *Confesiones* o del *Secretum*, pongamos por caso. Tiene Metge unas maneras, un estilo, un *savoir faire* tan peculiar —y, añadiría, sutil— que llega a superar en muchos casos la expresividad, el humor o la espontaneidad de los modelos originales. Luego volveremos al caso, porque me gustaría aportar algunos fragmentos, sabrosísimos por cierto, del libro III de *Lo somni* para ilustrar, aunque por fuerza sea brevemente, lo que estoy sugiriendo. De todas maneras, el doctor Riquer, sin duda quien ha estudiado con mayor profundidad la producción literaria de Metge —y, concretamente, *Lo somni*—, alude al concepto de originalidad en esta obra para afirmar, no sin antes haber dejado claro el gran acierto de nuestro autor para combinar de forma tan adecuada “elementos de procedencia tan dispares y haberlos dotado de una perfecta ilación...”, que “la originalidad expuesta en el primer libro es nula”, aunque “su exposición revela un maduro arte en la composición...” Del segundo libro, sostiene que “es el más original de *Lo somni*”. Del tercero, afirma que “la originalidad decrece, si bien no es tan escasa como en el primero”. Sobre el cuarto, Riquer viene a decir que es similar en este aspecto al primero²⁷.

Vemos, pues, que el mayor o menor grado de originalidad en *Lo somni* está en proporción directa con la mayor o menor cantidad de cosecha propia que el autor ha acarreado en su obra. Queda claro que los sabios y atinados juicios del doctor Riquer no van en menoscabo de la calidad literaria del libro; antes al contrario, tratan de paliar esa ausencia de originalidad con apreciaciones encomiásticas sobre el estilo de Bernat Metge. Quisiera añadir, empero, que la demostrada falta de originalidad no debiera quitarnos el sueño, como tampoco se lo quitaba a nuestro autor ni a ninguno de los escritores de talla, fueran humanistas o no²⁸. Máxime cuando el propio Petrarca se explaya, en carta que

²⁷ MARTI DE RIQUER, *Obras de Bernat Metge, op. cit.*, págs. 152-153 de su estudio introductorio. Además, véase la *HLC, op. cit.*, pág. 97.

²⁸ JORDI RUBIO ha estudiado primorosamente el problema de la imitación y la originalidad en el prehumanismo de este periodo. Destaca el doctor Rubió que ya la Edad Media estaba atestada de plagios

envía a Boccaccio, largo y tendido sobre este asunto, afirmando que el que imita debe buscar ser parecido, no igual, como padre e hijo: “curandum imitatori ut quod scribit simile, non idem sit, eamque similitudinem talem esse oportere, non qualis est imaginis ad eum cuius imago est, que quo similior eo maior laus artificis, sed qualis filii ad patrem”²⁹. Y acude al consejo que, tomado de Horacio, había difundido Séneca, “ut scribamus scilicet sicut apes mellificat, non servatis floribus sed in favos versis, ut ex multis et variis unum fiat, idque aliud et melius”³⁰. Si ya Petrarca señalaba estas pautas clarísimas y sentaba cátedra al respecto, ¿cómo no iba Bernat Metge —tan buen conocedor del humanista italiano— a hacer también de “abeja”, libando aquí y allá para convertir las olorosas y vistosas flores que encontraba entre sus dedos en dulce y sabrosa miel?

Queda, pues, claro que la imitación entendida en este último sentido fue una constante tanto de los escritores medievales cuanto de los humanistas. Sin duda que el vil y ruin plagiaro no podía llegar muy lejos, si se adentraba, con ánimos de medrar, por estos vericuetos. Y que conste que los autores de esta época no desconocían lo que era el plagio descarado. Resulta, por tanto, evidente que Bernat Metge se escapa de la órbita de los imitadores burdos y de los que copiaban modelos sin dejar en el resultado su propia huella. ¿Qué decir, si no, de estos singulares fragmentos en los que nuestro autor en el libro III pinta las, a veces, descabelladas costumbres de las mujeres, con el fin de desatar la risa entre los lectores u oyentes?

“Aquest vel no és bé enseffranat; e aquest altre no és bé stuffat; e aquest penge massa de aquesta part. Dóne’m aquex altre, pus curt, e fé’l star pus tirant que aquell que tench al front. Leve’m aquell mirayll petit que.m has posat detràs la orella e pose’l pus luny un poch. Adobe’m la alfarda, que no.m cobre tant los pits. Aquexa agulla és massa grossa; aquexa altre me serà cayguda del cap ans que sia acabade de ligar.” E adés adés, cridant, blastomen-les dents: “Ve a malguany vilana traÿdora, que no ést bona sinó a escatar pex e lavar scudellas! Cride’m aquexa altra, qui ho sap mils fer a cent vegades que tu”.

“Jamay en lur lit no s’i dorm. Tota la nit despenen en plets e questions, dient cascuna a.sson marit: “Ben conech la amor que.m portats:

ilustres y que los autores en general eran indiferentes ante el problema de la originalidad. Es más, explica, “l’Edat Mitjana donava més importància a l’executant que no pas a l’autor de la obra, i així l’autor restava molt sovint en la penombra darrera allò que havia concebut”. A propósito de Metge, afirma que fue también un reconocido imitador. “però [...] amb quina traça i amb quin sentit de la llengua”. Y luego matiza: “Bernat Metge és precís i punxador en la seva elegància d’estil; el veiem treballant amb la ploma als dits, perseguint i afinant un pensament amb les paraules justes”. (*De l’Edat mitjana al Renaixement, op. cit.*, pp. 70 a 73, en general). Y, en otro lugar, el propio Rubió sentencia: “La llatinització comença imitant o, millor dit, reseguint, la línia del model llatí, com amb temença de volar amb ales pròpies”. (*Humanisme i renaixement, op. cit.*, pág. 39).

²⁹ Sigo la edición de ENRICO BIANCHI en italiano con el texto latino al lado: FRANCESCO PETRARCA, *Le familiari*, Einaudi, Torino 1955, pág. 210.

³⁰ *Ibid.*, pág. 212.

bé és orp qui per garbell no's veu. Altre tenits en lo cor més que mi. ¿Cuydats-vos que sia modorra e que yo no sàpia a qui anats detràs, e a qui volets bé e ab qui parlats tot jorn? Bé ho scé, bé. ¿De què parlàvets l'altra jorn ab vostra comara del diabla? ¿E per què guardàvets ab tant alegre cara la nostra serventa? ¿Quina privadesa ha ab vós aquella que l'altre jorn tant humilment saludàs? [...]

Ay, ne desastruga! Quant temps ha que yo són en aquesta maleÿta casa, e nulltemps vos bastà lo cor que'm besàssets a vostra raquesta ni que.m diguéssets, quant jo.m anava colgar: —Déu vos dó bon vespre!— Mas, per la creu de Déu, pus aytal sóts, jo faré tal cosa que no.us sabrà a pinyons. ¿Són yo tant lege, en tota mala ventura, que no.m deyats amar? Bé y ha cavall al cavaller³¹.

“Ni siquiera —escuchamos de nuevo a Francisco Rico— el sacrosanto precepto de la *imitatio*, de la necesidad de seguir los modelos clásicos, impidió a ningún humanista de talla buscar esforzadamente su propia voz. En más de un aspecto, la misma *imitatio* se concibió como una forma de *aemulatio*, y el autor imitado se contempló como el punto de referencia que permitía apreciar mejor la tonalidad distintiva, la nota original”³². A mí, todo esto me lleva a pensar que estamos mucho más cerca del Metge humanista de lo que nos imaginamos, y si tuviera que apostar lo haría por su originalidad, entendida como la expresión más válida —literariamente hablando— de su estilo personal. Luego, *once upon a time*... hubo unos modelos y unas fuentes...

V. TRES ALFORJAS PARA UN MISMO VIAJE

Quiero aportar unas breves reflexiones sobre tres aspectos que pueden ayudarnos a obtener una comprensión aún más precisa de este sucinto recorrido que intenta aproximar *Lo somni* a las corrientes literarias y de pensamiento del Humanismo. Son, en concreto, la *inmortalidad del alma*, el *uso del diálogo como forma “humanística”* y el *uso del vulgar y no del latín* en la composición del libro.

³¹ Nótese la expresividad, gracia y viveza con que Metge retrata este colorido de actitudes y de gestos. La fuerza del lenguaje y el calor y sabor de estas situaciones, confieso que no los he encontrado en el original cotejado de Boccaccio. Cfr. M. DE RIQUER, *Obras de Bernat Metge, op.cit.*, pp. 292-293, 300-301, 302-3, respectivamente.

³² F. RICO, *El sueño del humanismo, op. cit.*, pp. 41-42.

Conocemos de sobras que es la presencia del rey Joan I, en forma de espíritu, la que desata la discusión que sostienen el monarca y el autor del libro respecto a la pervivencia del alma en el más allá, después de la muerte. Sabemos, asimismo, que la repentina muerte del rey y el hecho de que hubiera podido condenarse por no haber recibido la confesión, tal como se había llegado a especular entre los súbditos del reino, justifica que Metge lo rescatara del Purgatorio para anunciarnos, por boca del propio monarca, que estaba ocupando un lugar transitorio, pero que le aguardaba en realidad el Paraíso. Por otro lado, también podemos sospechar —aunque con escaso convencimiento, dada la doblez de las intenciones del autor— que Metge quería reconocer públicamente la falta de fe en cuestiones del más allá, cosa que le había caracterizado a lo largo de su vida, y “arrepentirse”, guiado por las “convincientes” razones que le da Joan I³³. Ocurre, sin embargo, que, a ojos de su interlocutor, la argumentación es tan “facilona” e ingenua, que más parece una hábil finta, una jugada maestra de Metge para “complacer al personal”— un nuevo guiño de complicidad hacia “su público”, sin duda, como en otras ocasiones había hecho— que una aceptación sincera de la tesis del monarca. Fuera como fuere, y no olvidemos que Metge con *Lo somni* quería lavar su imagen ante el nuevo rey Martí I y ganarse su confianza, el caso es que, apenas arrancado el diálogo, encontramos el tema de la inmortalidad servido; y justamente cuando el espíritu del rey don Joan le dice que no debe llorar, “car si mi has perdut, qui era ton senyor, tant bo e millor lo has cobrat. Ell te gitarà, a ta honor, de la presó en què ets e no sofferrà que.t sia fet tort; [...] puys, si.l serveys, te’n sabrà ben remunerar...”³⁴, entonces Bernat Metge acepta humildemente “que’m vullats dir què és spirit e que.m donets entendre la sua immortalitat...”³⁵. Evidentemente, Metge está tocando uno de los temas centrales de la filosofía del Renacimiento y de las obras de los humanistas. No obstante, no es su faceta como filósofo lo que nos interesa³⁶, sino el hecho de que supiera tomar un argumento tan “actual” en su momento para extraerle el jugo que a él le interesaba. “Aunque se trata de diálogos ficticios —señala Batllori—, no parece posible dudar de que la inquietud del autor por la inmortalidad del alma humana respondía a la auténtica preocupación de un hombre del Renacimiento”³⁷. Sabemos, por otro lado,

³³ A este respecto, la doctora Badia afirma que “si Metge no hagués estat suspecte de no creure en el més enllà ni en la supervivència de l’ànima, no s’hauria molestat a escriure els llibres segon i tercer de *Lo somni*. (“Siats de natura d’anguila en quant faret”, en *De Bernat Metge a Roís de Corella*, op. cit., pág. 68).

³⁴ *Obras de Bernat Metge*, op. cit., pp. 174 y 176 de la edición de *Lo somni*.

³⁵ *Ibid.*, pág. 176.

³⁶ La doctora Badia da por sentado que este hecho “no és motiu suficient per a fer d’ell un filòsof original i renaixentista. Metge és un intel.lectual que maneja idees amb habilitat i astúcia, però la primera intenció de les seves obres no és l’especulació conceptual ni la recerca d’idees vàlides per elles mateixes.” (“Siats de natura d’anguila...”, op. cit., pág. 101).

Oigamos, además, lo que dice P.O. Kristeller, destacando una de las características propias del Humanismo: “Me inclino por sugerir que los humanistas italianos ni eran ni buenos ni malos filósofos; simplemente no lo eran. El movimiento humanista no surgió en el campo de los estudios filosóficos o científicos, sino en aquel de los gramáticos y retóricos (*El pensamiento renacentista...*, op. cit., pág. 124).

³⁷ M. BATLLORI, *Humanismo y Renacimiento*, op. cit., pág. 10.

que Metge estaba echando mano de fuentes latinas medievales de sobras conocidas en el mundillo de los hombres de letras y que sazona adecuadamente con otras bíblicas, de los Santos Padres e incluso de autores musulmanes; pero “il fatto che tali dialoghi vengano incentrati su un problema così caratteristico dell’Umanesimo come quello della immortalità dell’anima basterebbe ad attribirli alla mentalità della Prerinscisa”³⁸.

Por lo que atañe al diálogo “como forma humanística”, hay que señalar que no en vano Bernat Metge contaba con insignes modelos, desde Cicerón hasta Dante y, sobre todo, el *Secretum* de Petrarca. Aparte de las variantes que presenta *Lo somni* y del uso del verbo *dicendi*, de lo cual ya se ocupó en su día el doctor Riquer³⁹, cabría destacar la ausencia de elementos alegóricos —vestigios claramente medievalizantes— y la presencia, en cambio, de personajes individualizados, tal como Petrarca había hecho en el *Secretum*, detalles en los que se dejan adivinar las características del diálogo de corte humanístico⁴⁰. No hay que olvidar tampoco lo que Sforza Pallavicino recordaba en su *De oratore*, al considerar que la participación en el diálogo de personajes históricos, “además de la autoridad que imprime, ofrece la ventaja de servir como testimonio conmemorativo”⁴¹, ni el hecho de que el diálogo fuera “un instrumento pedagógico con afán divulgativo. Los escritores de diálogos generalmente pretenden dirigirse a un público amplio. Es lógico, por tanto, que utilicen un estilo natural y que escriban, sobre todo, en lengua vernácula”⁴².

Y, puesto que de la lengua vernácula hablamos, traigamos a colación la pregunta que se hace Martín de Riquer: ¿Por qué *Lo somni* está escrito en vulgar y no en latín? La respuesta, como ya es sabido, no está muy lejos de una de las intenciones más claras que perseguía el libro: recuperar la imagen de su autor a ojos del rey Martí I, amén de otro objetivo que a mí me parece claro, como es el de enviar una gran cantidad de mensajes casi “en clave” a los futuros lectores o, mejor dicho, “degustadores” de la obra⁴³. Creo que Bernat Metge es consciente de que se dirige a un público determinado; y casi seguro que muchos de los detalles que hoy se nos escapan o a los que damos una significación determinada, eran interpretados de una forma muy peculiar e íntima por quienes leían la obra. Hay un trasfondo vital, emotivo y literario detrás de las páginas de *Lo somni* que conviene estudiar con atención para aprovechar mejor tanto lo que hubiere de intenciones, cuanto de contenidos precisos o “guiños de complicidad”. Desde la “salvación” del propio rey don Joan, pasando por su propia “conversión” espiri-

³⁸ M. BATLLORI, “Il dialogo in Spagna, fra Medioevo e Rinascimento”, *Anthropos*, Suplementos, n° 23, (diciembre 1990), pág. 61.

Luego, más adelante, precisa todavía: “Il dubbio filosofico di Bernat Metge viene risolto soltanto da ragionamenti teologici, come presso la piú parte dei filosofi umanisti italiani fino almeno al secondo decennio del Cinquecento.” (*Ibid.*)

³⁹ *Obras de Bernat Metge*, op. cit., pp. 150-151

⁴⁰ Cfr. JESÚS GÓMEZ, *El diálogo en el Renacimiento español*, Cátedra, Madrid, 1988, pág. 28.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 91.

⁴² *Ibid.*, pág. 208.

⁴³ Vid. MARTÍN DE RIQUER, *Obras de Bernat Metge*, op. cit., pág. 165 del estudio introductorio.

tual o su “abandono” del epicureísmo, hasta llegar a las divertidas escenas de las costumbres de las mujeres —mal catalogadas, para mí, como misóginas— o, en el otro extremo, la crítica a los hombres, existe el prurito, por parte de nuestro autor, de entablar una comunicación precisa y concreta con un determinado público o públicos, más que un deseo explícito de justificarse⁴⁴. ¿Qué mejor, entonces, sino utilizar como vía para el diálogo la lengua que les era más común y, por ende, más “útil”? Por otra parte, ya hemos visto anteriormente que los secretarios y cancilleres debían poseer un dominio total tanto del latín como de la lengua romance, fuera catalán, aragonés o castellano. También los escritores alternaban el latín con el vulgar y era de suponer que si ya desde el reinado de Pere III se ponía empeño considerable en superar el trasnochado y viejo latín medieval, adaptándolo al más musical, preciso y claro del estilo ciceroniano, cabe la posibilidad de pensar que este esfuerzo por mejorar el latín redundase, de igual modo, en la perfección y mayor expresividad de la lengua vulgar. Como bien indica el padre Batllori, “L’Humanisme filològic avança també, paral·lelament, quan hom tendeix a ennobrir la llengua vulgar, adaptant—la a la dels antics models romans, tant en l’ortografia, com sobretot en la sintaxi”⁴⁵, y en otro lugar aduce: “No per ésser escrits en català deixen d’ésser netament humanístiques les dues importants obres del XIV i del XVI segles respectivament, *Lo somni* de Bernat Metge i *Los col.loquis de la insigne ciutat de Tortosa*, per Cristòfor Despuig.” Y concluye: “Identificar l’Humanisme amb l’ús del llatí és un error”⁴⁶.

VI. INTENCIÓN DEL LIBRO

Sin querer, o sin pretenderlo deliberadamente, han ido apareciendo en el apartado anterior detalles que ilustran algunos propósitos o intenciones de Bernat Metge, a la hora, tal vez, de darle un sentido a su obra. Esas intenciones parecen, desde luego, elementos claves para interpretar *Lo somni*: ha quedado claro, por ejemplo, que Metge tiene un público en la cancillería, que busca una defensa o una “reinserción” personal ante Martí I y que juega con unos mensajes que se prestan a más de un doble sentido interpretativo⁴⁷. Tal vez sea todo

⁴⁴ Me vienen ahora a las mientes, y creo que están cargadas de razón, las palabras de la doctora Butiñá cuando alude a que la división en cuatro libros “permitía diferentes combinaciones según los distintos círculos oyentes, a la vez que ofrecía un sistema de codificación del mensaje [...]. Una estructura idónea para adecuar distintas temáticas dirigidas a audiencias diferentes sería una solución tan útil como inteligente. (“Bernat Metge y su terrorífica amante (una relectura de *Lo somni*)”, *Journal of Hispanic Studies*, V, diciembre, 1993, pág. 135).

⁴⁵ Vid. “L’Humanisme i el Renaixement catalans”, *Anthropos*, Suplementos, *op. cit.*, pág. 70.

⁴⁶ En “El Renaixement i la cultura catalana”, *Anthropos*, *op. cit.*, pág. 50.

⁴⁷ Sobre ello incide, con detalle, RÍQUER: *HCLE*, pp. 102, 104, 135-7, respectivamente. Y LOLA BADIA precisa: “El públic d’entesos a qui Metge dirigia la seva obra, lluny de creure ingènuament que

ello así porque, por encima de esa triple intencionalidad, planea, a veces desde las alturas, a veces a ras de suelo, el yo personalísimo del autor, ese protagonismo peculiar y particular que maneja a la perfección los hilos del entramado a través del cual va urdiéndose un contenido “anecdótico”, o “serio”, en cuyo hermoso receptáculo no podemos dejar de descubrir, una y otra vez, sugerencias e intenciones más que reveladoras.

Ahí también, tal vez, tengamos que ver la presencia preponderante del yo autobiográfico y del yo literario, que van engarzando los eslabones de todo un proceso de composición y de estilo. De esta manera podrían cobrar sentido total las palabras de la doctora Badia, al afirmar que “la literatura és l’art de manejar amb màxima amplitud de coneixements i la màxima eficàcia estilística possibles un conjunt de textos prestigiosos que ens ha llegat la tradició i que poden ser utilitzats de manera immediata i directa per a conquerir, consolidar o reivindicar l’elevat i influent paper social de l’escriptor”⁴⁸. Esta actuación personal del autor, que sabe disfrazarse hábilmente de “natura d’anguila”, es tal vez la que nos ayude, al mismo tiempo, a comprender ese medio social que persigue y, creo, no tanto a través de *lo que dice*, sino a través de *cómo lo dice*. Y hay que volver, por fuerza, a la significación que alcanzan los valores literarios del libro: su estilo bien trabado y sólido, su expresión sugerente y precisa, su, en fin, léxico rico y cuidado..., que nos hacen volver los pasos una y otra vez hacia las posibles intencionalidades en todo lo que expone. ¿Que Metge adolece de falta de interiorización emotiva?⁴⁹. Ciertamente, pero es que no hay que buscar, me parece a mí, ni lecciones moralizantes ni graves sentencias en nuestro libro. Y si su intención era crear un *divertimento*, “el *divertimento* d’un home culte, crític, maliciós, que té tanta fe en la paraula que gosa usar-la per a jugar impunement amb el més sagrat sense agafar-s’hi els dits, perquè la literatura, segons Metge, és precisament l’art de ser ‘de natura d’anguila’”⁵⁰, esto le salva, por un lado, de la mediocridad de la retahíla de autores que pululaban por las cancillerías y, por otro, le reviste de unas cualidades tan singulares que le hacen destacar como un autor verdaderamente *original*, que nunca gustó de ataviarse con ropajes medievalizantes, porque sus miras, empeños e intenciones apuntaban decididamente hacia los nuevos rumbos que estaban tomando el pensamiento y la intelectualidad de los “renovados” hombres del Renacimiento. Y, aunque sólo fueran intuiciones, puestos a regatearle aquella esencia genuina, estas estaban alimentadas

Metge havia escrit el Corbaccio en català, es divertia desxifrant els missatges sorneguers que el suposat plagi els transmetia” (“Siats de natura d’anguila...”, *op. cit.*, pág. 91).

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 86.

⁴⁹ Así nos lo pinta LOLA BADIA en contraste con PETRARCA: “en l’obra de Metge manca totalment una interiorització emotiva que condueixi el lector davant del drama moral de l’individu a què ens té acostumats Francesco Petrarca...” (*Ibid.*, pág. 108).

⁵⁰ *Ibid.*

Añado aquí la opinión de la doctora Butiñá, cuando defiende que “el hecho de que se ría de autores para él obsoletos no implica una irresponsabilidad o falta de conciencia. Que fuese con la pluma tan sutil como las anguilas, no traduce una falta de integridad moral...” (“Bernat Metge y su terrorífica amante...”), *op. cit.*, pág. 136).

por los aires que venían de Italia, aires de cambio y de renovación que encontraron en Bernat Metge un verdadero precursor.

VII. ¿METGE, HUMANISTA?

Sirva este último epígrafe a guisa de recapitulación para señalar que si el llamado “humanismo catalán” de finales de siglo XIV puede ser sometido a consideraciones terminológicas de diversa índole e, incluso, puede verse *ridimensionado*, no podemos negar, en cambio, que el período aquí estudiado es fructífero por lo que se refiere al mundo de las letras, no obstante las limitaciones y la precariedad con que tenían que trabajar estos hombres que se arriaban al estudio. Y, aunque no podían descubrir originales latinos, cosa de la que sí podían hacer gala un Coluccio Salutati, un Petrarca o un Poggio Bracciolini, pongamos por caso, lo que está fuera de dudas es la atmósfera de interés por acrecentar el saber, por la lectura, por el conocimiento de los *auctores*, a los que se tomaba como ejemplo; atmósfera —no exenta en reiteradas ocasiones de pasión por la poesía— que se respiraba en las cancillerías y medios próximos a las cortes.

Y, en medio de ese caldo de cultivo, aparece la figura singular de Bernat Metge, que va forjándose literaria e intelectualmente entre esos ambientes, gracias especialmente a la herencia cultural que recibió de su padrastro, Ferrer Sayol, y a la brega personal que tuvo que llevar a cabo para llegar a buen puerto. Fajador nato en política y hábil para arrimarse, una y otra vez, el ascua a su sardina, supo aunar el mejor estilo creativo con una intencionalidad que lo revelan como un autor que nos da pie, casi de continuo, a descubrir aspectos novedosos de su poesía o de su prosa, y que tiene la virtud de sorprendernos cada vez que volvemos a las páginas de sus obras.

No debemos olvidar, en estos últimos apuntes de valoración, que Metge poseía una mentalidad diferente a la de otros escritores de su tiempo y que supo auparse por encima de aburridos y huecos planteamientos medievalizantes. Reconozcámosle lo que de sobras es sabido por todos: su sólida formación cultural, su dominio de los autores clásicos, su conocimiento de la Biblia y de los Padres de la Iglesia..., y su admiración por Petrarca. Unamos a todo esto su estancia en Aviñón, donde tuvo oportunidad de codearse con insignes hombres de letras, descubrir nuevos textos y conocer la obra que tuvo una significación particular en su producción literaria: el *Secretum* de Petrarca⁵¹.

⁵¹ Cfr. LOLA BADIA, *Obra completa de Bernat Metge*, Selecta, Barcelona, 1983, 3ª edición, pp. 23-24.

Cuán lejos o cerca se halla Metge del humanismo italiano depende, a veces, de la percepción personal y literaria de quien lleve a término la cata de valoración y, por supuesto, de los parámetros que utilicemos para determinar qué aspectos entran en el catálogo del Humanismo y cuáles no⁵². Ahora bien, si entendemos el Renacimiento como un periodo en el que observamos un cambio de actitud con respecto a la Edad Media, un talante más reflexivo para afrontar la creación literaria, una mayor conciencia de la propia obra, una oratoria más libre, una diferenciación de estilos entre el culto y el vulgar y una erudición al servicio de la nueva cultura, como acertadamente señala Jordi Rubió⁵³, o si, siguiendo algunas de las numerosas y atinadas pautas marcadas por Eugenio Garin, vemos la reacción de esa nueva cultura contra “les tenebres” medievales como “una reivindicación de la experiencia humana y moral frente al formalismo lógico y tecnológico”, o como una “exaltación de la teología poética y de la poesía”, una búsqueda, en definitiva, de las fuentes de referencia en los *antiqui auctores* y, en particular, los grandes poetas, difícilmente podremos situar la figura de Bernat Metge fuera de este rico contexto⁵⁴. Sabemos también que el autor de *Lo somni* no hacía buenas migas con el pensamiento tradicional de la Edad Media. “Tot plegat, crec que l’harmonia temàtica de l’obra de Metge se’ns presenta clara, sòlida i coherent, com una contínua meditació sobre el sentit de la vida i de la mort. I que se’ns ha revelat molt a prop de Petrarca, tant en aquesta actitud com en el judici moral del present i el menyspreu de l’escolasticisme estèril”⁵⁵.

Un detalle no menos significativo es la posibilidad, según apunta el doctor Rico, de que la *Apología* fuera fruto del 1408, en vez del 1395, con lo cual en esa piececita —que no deja de ser, por su brevedad, una joya de composición considerada “una especie de ensayo de *Lo somni*”—, estaría dando Metge a un par de temas de su *opera magna* “una fisonomía más acorde con la

⁵² LOLA BADIA, por ejemplo, desconfía del término “humanismo catalán” y propone el de “tardor medieval”, con minúsculas, para valorar el período de las letras catalanas que aquí nos ocupa (“Sobre l’Edat mitjana, el Renaixement, l’Humanisme”, en *De Bernat Metge a Joan Roís de Corella*, op. cit., pág. 49). Y DOMINGO YNDURAIN no sólo recela del concepto genérico de Humanismo, sino que “desvirtúa” el quehacer de los escritores a los que podemos considerar como humanistas y los ve como continuadores con ciertos matices de las ideas literarias y filosóficas de la Edad Media. (*Humanismo y Renacimiento en España*, Cátedra, “Crítica y estudios literarios”, Madrid, 1994).

⁵³ *Humanisme i Renaixement*, op. cit., pág. 13.

⁵⁴ Vid. E. GARIN, *La revolución cultural del Renacimiento*, op. cit., pág. 58.

⁵⁵ Vid. JULIA BUTIÑA, “Una volta per les obres de Metge de la mà de Fortuna i de Prudència”, *Estudis de Llengua i Literatura Catalanes*, XXVI, Publicacions de l’Abadia de Monserrat., 1993, pág. 69. Con su sólido rigor filológico y su fina intuición —a los que ya nos tiene acostumbrados—, la doctora Butiña traza, en diferentes momentos, las líneas maestras de lo que fue esa oposición de Bernat Metge al “escolasticismo estèril”. En su artículo “El paso de *Fortuna*...” (pp. 218-219), ya nos indica cómo el *Llibre de Fortuna i Prudència* es una parodia de la ideología escolástica, y supone para el género del debate “un golpe mortal como el *Quijote* para los libros de caballerías”. Y en “Un nou nom...” (pág. 225), estudiando la figura del “vil vell”, el taimado barquero, se pregunta si “amb ell, tan fàcilment com fina i subreptícia, podria estar expressant Metge l’oposició al pensament tradicional”. Y, ya en otro lugar, y a propósito de la tan traída y llevada “misoginia” del autor de *Lo somni*, nos descubre la autora la dimensión ejemplar que tanto Metge como Petrarca habían dado al *Corbaccio* y cómo, en manos de nuestro escritor, la obra del certaldense le habría servido para atacar la actitud misógina medievalizante. (“Bernat Metge y su terrorífica amante...”, págs. 129-133).

maduración intelectual y artística del autor”⁵⁶. De igual modo, Julia Butiñá sostiene la posibilidad, tomando la referencia de la frase “per tal que no tengam temps”, de que la *Apologia* fuera escrita cerca de la muerte de su autor⁵⁷. Si ello fuera así, tendríamos en la *Apologia* a un Metge mucho más maduro, reflexivo, recogido en una especie de silencio creador en el retiro de su “diversorio” y en compañía “no pas dels hòmens que vui viuen, car pocs d’ells saben acompanyar, mas dels morts qui els han sobrepujats en virtut, ciència, gran indústria e alt enginy, e jamai no desamparen aquells qui volen ab ells conversar...”⁵⁸, como hacía de igual modo Petrarca. Y en esta actitud podríamos ver un giro, semejante al del gran humanista italiano, hacia actitudes vitales en consonancia “con la dinámica de transformación propia de los grandes humanistas”⁵⁹.

Quiero cerrar estas consideraciones con dos voces, más que autorizadas, que ayuden a poner punto y final a este retrato de una obra, de un hombre y de una época que permitieron, años más tarde, que un “sueño” se convirtiera en realidad: el Humanismo.

“*Lo somni* és la primera manifestació de prosa humanística a Espanya, no tan solament pel que fa al seu estil, que el mateix Bernat Metge havia inaugurat al *Valter e Griselda*, ans encara per la seva estructura, pel gran nombre de les seves fonts i per l’actitud de l’autor davant la vida”⁶⁰.

“Tenemos, pues, en Metge, un testimonio fehaciente de la sutil diferenciación frente a la mentalidad tradicional y un ejemplo del grado de ruptura/continuidad de este prehumanismo [...]. Su talante ofrecía una vía innovadora a partir de la revolución intelectual que se había iniciado en Italia. Por todo ello, Metge constituye un importante capítulo del Humanismo. Y [...] hay que insertar su voz entre los que hasta ahora eran dos solos, de Petrarca a Erasmo”⁶¹.

⁵⁶ F. RICO, *Primera cuarentena y tratado general de literatura*, El Festín de Esopo, Barcelona, 1982, pp. 83-84.

⁵⁷ “Una volta per...”, *op. cit.*, pág. 68.

⁵⁸ Cito por la edición de L. BADIA, *Obra completa de Bernat Metge*, *op. cit.*, pág. 147.

⁵⁹ Cfr. JULIA BUTIÑÁ, “De Metge a Petrarca, pasando por Boccaccio”, *Epos*, IX, pág. 227.

⁶⁰ MARTI DE RIQUER, *HLC*, *op. cit.*, pág. 100.

⁶¹ JULIA BUTIÑÁ, “Cicerón, Ovidio, Agustín...”, *op. cit.*, pág. 199.